

4. VINO NUEVO EN ODRES NUEVOS

Introducción. Hoy nos acercamos a una parábola doble en la que Jesús habla del ayuno, del luto, del duelo, de la forma como vivimos las pérdidas y las distancias que a lo largo de una vida todos padecemos. Hay una novedad radical en la forma como Jesús nos invita a vivir esas pérdidas. Normalmente el luto lo llevamos como expresión externa del sentimiento de pérdida. Revestimos nuestra vida de ropa negra, sin color, porque no nos permitimos la alegría acompañe lo que vivimos tras perder lo que amamos. El corazón se desgarrar, lo que antes estaba bien ahora está fatal. Pero Jesús, invita a sus discípulos a cuestionar las tradiciones antiguas, heredadas y preguntarse cómo deben vivir los que creen que el Reino de Dios ya ha llegado y en él estamos instalados. La experiencia del duelo Jesús la vive muy asociada al ayuno. El ejercicio del ayuno nace del aprendizaje que nosotros nos somos autosuficientes. No tenemos en nosotros los recursos para tener una vida plena. Ayunar nos recuerda que necesitamos, que dependemos, que otro, desde fuera de nosotros, nos tiene que nutrir y saciar. El pueblo de Israel ayunaba como un ejercicio de buscar a Dios con la misma ansia y con la misma voluntad que buscamos el alimento. Jesús ayunó cuarenta días en el desierto y por fin sintió hambre. Los discípulos de Juan el Bautista preguntan a Jesús acerca del ayuno.

Lo que Dios nos dice. *«En aquel tiempo, los discípulos de Juan se acercan a Jesús, preguntándole: «¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?». Jesús les dijo: «¿Es que pueden guardar luto los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos? Llegarán días en que les arrebatarán al esposo, y entonces ayunarán. Nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto y deja un roto peor. Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres: se derrama el vino y los odres se estropean; el vino nuevo se echa en odres nuevos y así las dos cosas se conservan» (Mt 9, 14-17).*

La respuesta de Jesús no es dar una explicación moral o una justificación que acalle las dudas. No da una respuesta que dirija, ni determine el pensamiento del otro. Sino que recurre a las parábolas para que la respuesta nazca del propio oyente. ¿Puedes hacer un velatorio cargado de tristeza y de llanto mientras el amigo está vivo? ¿Tiene sentido practicar ayunos como si de un fin se tratase y no como un medio que es de lo que realmente se trata? Cuantas veces confundimos los medios con los fines. Jesús con esa sencilla pregunta sitúa todos los medios de piedad en la medida de que sirven de ayuda para llevarnos a la ver y al amor más real. No para hacer crecer el orgullo de quien pone los medios y con eso piensa que se gana el favor de Dios. Y esa experiencia del luto le lleva a una pregunta más profunda. ¿La vida la recibimos como un don, o la conquistamos y la poseemos como un botín? Hay un odre viejo que es vivir huérfanos, sobrevivientes, en la escasez, en la conquista diaria de lo que necesito para vivir. Arrebatando, robando, exigiendo, mendigando. Dice Jesús: *«Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,8-10).*

El odre viejo es vivir en la escasez, en la mendicidad afectiva, en el no saber por ignorancia el valor de cada vida. El vino nuevo es el que trae Jesús en su misma vida. Es el vivir en modo banquete, en vivir en modo gracia, es vivir habitados y acompañados. Por eso el vino nuevo de la fe, no puede verterse en la vida llena de miedos, de temores, de sospechas, de inseguridades. Claro que vendrán días donde todo no sea una fiesta, donde tengamos soledades, fracasos, pérdidas. Pero el que permanece fiel es el que nos dará todo lo que necesitamos para vivir. El pan de cada día, el amor de cada día, la alegría de cada día. Es nuestro afán por acumular lo que nos hace posesivos y miedosos a perder lo conquistado. Y reteniendo lo que recibimos ayer, nos incapacitamos para recibir el amor de hoy. Sino se comparte se malogra lo recibido. Tenemos que aprender a vivir cada día como si fuera el último. Todo el tiempo que dedicamos a un mal amor se lo estamos quitando a un buen amor.

Como podemos vivirlo. El vino en nuestra cultura mediterránea es fruto de un elaborado proceso que concluye con un momento celebrativo. Desde la vendimia, el pisado, el trasegado, esperar la fermentación, quitar los hollejos, dejar que las levaduras se coman los azúcares y los conviertan en alcohol. Todo ese viejo proceso está cargado de paciencia y de esperanza. Así es el Reino en nuestra vida. Nunca cansemos de celebrar que, como el vino, “cada botella es una historia”. Somos el mejor vino que el Señor nos regala para el final, como en Caná.